



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Martínez Mazzola, Ricardo

Nacionalismo, peronismo, comunismo : los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Martínez Mazzola, R. (2011). *Nacionalismo, peronismo, comunismo : los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)*. *Prismas*, 15(15), 105-125. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1839>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Nacionalismo, peronismo, comunismo

*Los usos del totalitarismo en el discurso
del Partido Socialista Argentino (1946-1953)*

Ricardo Martínez Mazzola

Universidad Nacional de San Martín/CONICET

En septiembre de 1950, Alicia Moreau de Justo advertía:

no es necesario recurrir al ejemplo de Rusia para demostrar el antagonismo irreductible que existe entre el socialismo y los sistemas totalitarios. Nosotros estamos viviendo aquí una situación parecida al caso ruso. No tiene aún aquellas proporciones, pero amenaza adquirirlas con el tiempo [...].¹

La dirigente socialista planteaba una, hoy sorprendente, asociación entre el peronismo –el “aquí” del que hablaba– y el estalinismo. Tal vínculo, habitual en su discurso,² era posible por la utilización de un término, el de “totalitarismo”, que había ampliado su referencia, antes limitada a los “nazi-fascismos”, para incluir también el régimen soviético.

Sin embargo, la historiografía, que ha señalado cómo las interpretaciones socialistas acerca del naciente peronismo estuvieron fuertemente influidas por el contexto de lucha con el “totalitarismo” nazi-fascista, no ha analizado los usos del tópico “totalitario” en los años que siguieron al triunfo de Perón. Creemos que esa ausencia se explica, al menos en parte, por la subsistencia de una mirada de sentido común que afirma que las fuerzas políticas antiperonistas, y en particular los socialistas, se hallaban ancladas en la añoranza de un pasado idealizado. Suponiendo que las lecturas iniciales se habrían mantenido incólumes después de 1946, la mayoría de los investigadores tendió a concentrarse en el período 1945-1946, reconstruyendo

¹ *Nuevas Bases*, N° 7, 31 de agosto de 1950. *Nuevas Bases* fue uno de los periódicos que los socialistas editaron luego de la clausura de *La Vanguardia* en agosto de 1947. Aunque el periódico casi centenario siguió publicándose de manera clandestina, su irregularidad llevó al ps a publicar otras hojas, como *La Lucha*, *El Socialista* y, a partir de junio de 1950, *Nuevas Bases*. Sobre *Nuevas Bases*, véase Ricardo Martínez Mazzola, “Los otros rostros del peronismo: totalitarismo y rosismo. Los estilos indirectos de la crítica en el periódico ‘Nuevas Bases’”, ponencia presentada en el II Encuentro Internacional “Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional”, organizado por el Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades (UNMDP) y por el Instituto del Desarrollo Humano (UNGS), Mar del Plata, 2 al 5 de marzo de 2010.

² La expresión más sistemática de sus argumentos con respecto al “totalitarismo” se encuentra en Alicia Moreau de Justo, *¿Qué es un partido político?*, Buenos Aires, s/e, 1952. Aunque el discurso de las mujeres socialistas merecería un trabajo específico, podemos adelantar que similares planteos pueden encontrarse en dirigentes como Nelly Saglio, Josefina Marpons y María Luisa Berrondo.

las posturas que sus dirigentes esbozaron en esos tiempos cruciales.³ En este artículo nos proponemos dejar atrás la cisura representada por el triunfo electoral de Perón para reconstruir una de las líneas principales del discurso del Partido Socialista (ps): la representada por los distintos usos del término “totalitarismo”. Analizaremos cómo el discurso “anti-totalitario” le permitió a la dirigencia del ps no sólo condenar, por su asociación con las experiencias europeas, al régimen nacido de la revolución del ‘43 y al gobierno peronista, sino también cuestionar por su cercanía con el peronismo a los comunistas y a los miembros del ala izquierda del mismo ps. Nuestro recorrido se cierra a comienzos de los años cincuenta, momento en que los intelectuales socialistas produjeron las más densas caracterizaciones del peronismo como fenómeno “totalitario”, y justo antes de que la clave “anti-totalitaria” comenzara a ser cuestionada por la militancia socialista, en particular la juvenil.⁴

Nacionalismo

Durante la segunda mitad de los años treinta y la primera de los cuarenta se consolidó en la Argentina un fuerte movimiento antifascista⁵. Al calor de las noticias sobre el ascenso del nazismo y la guerra española, se fundaban periódicos, se redactaban manifiestos y se creaban organizaciones. Al igual que en otras latitudes, era en la lucha contra el fascismo que comenzaba a extenderse el uso del término “totalitarismo”.⁶ Sin embargo, mientras que en Europa la

³ Entre los escasos trabajos que se concentran en la historia del ps durante los primeros gobiernos de Perón pueden citarse el de Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la argentina peronista 1945-1951*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005; Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate Ghioldi-González”, *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Buenos Aires, N° 21, 2003, pp. 116-141. Pero, sin dudas, el principal antecedente de este artículo es Carlos Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)”, en H. Camarero y C. Herrera (comps.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 342-366. El texto de Herrera demuestra que la interpretación que acerca del peronismo propusiera el principal intelectual del ps, Américo Ghioldi, pasó de un relativamente complejo juicio inicial, que reconocía el aporte social del nuevo movimiento, a una condena absoluta. Pero el argumento con el que Herrera cierra su artículo parece cuestionar la importancia de ese cambio, y ello por postular que habría un elemento preexistente, el concepto de “totalitarismo”, que, al ser empleado como “significante vacío” para interpretar al peronismo, habría limitado toda variación colocando al ps fuera de la historia. Creemos que el juicio sólo se sostiene si se postula que Ghioldi y los socialistas dieron un sentido constante y definido al término totalitarismo. Es ese postulado el que la reconstrucción de los usos del “totalitarismo” propuesta en este artículo pone entre paréntesis.

⁴ Sobre los debates en el ps en los últimos días del gobierno peronista y durante la “Revolución Libertadora”, véase Cecilia Blanco, “La erosión de la unidad partidaria en el Partido Socialista, 1955-1958”, en H. Camarero y C. Herrera (comps.) *El Partido Socialista...*, op. cit., pp. 367-389; María Cristina Tortti, “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina”, en *ibid.*, pp. 391-412; María Cristina Tortti, *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

⁵ Sobre el antifascismo en la Argentina, véase Andrés Bisso, Acción Argentina. *Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Andrés Bisso (comp.), *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, cedinci Editores/Buenos Libros, 2007; Jorge Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo: Argentina Libre... Antinazi y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual”, en M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2006, pp. 77-105; Ricardo Pasolini, “*Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, Año 12, N° 12, 2008, pp. 87-108.

⁶ El término “totalitarismo” había sido acuñado en los años veinte para referirse al fascismo italiano, y en ocasiones había sido usado aprobatoriamente por los propios fascistas. Después de 1933 su uso se había extendido para asociar

denuncia era acompañada por las primeras indagaciones teóricas sobre los rasgos específicos del tipo de régimen “totalitario”, en la Argentina los usos del término se mantuvieron en el terreno declamatorio. El vocablo no adquirió un valor propio, sino que se apeló a él como un sinónimo de “fascismo”, término con el que se englobaba no sólo al régimen italiano, sino al nazismo alemán, a otras dictaduras europeas como la de Franco en España y la de Salazar en Portugal e incluso a gobiernos latinoamericanos como el de Getulio Vargas en el Brasil.

La oposición “democrática” argentina también apeló al tópico para asociar a los gobiernos “conservadores” de Agustín P. Justo y, sobre todo, de Ramón Castillo con el fascismo italiano y el nazismo alemán.⁷ La amenaza, se afirmaba, no era sólo extranjera, la infiltración externa se veía facilitada por la acción de los “fascistas criollos”.⁸ La acusación se dirigía especialmente a los círculos de militantes “nacionalistas”, subrayando que no eran verdaderamente tales sino simples imitadores de modelos extranjeros como el italiano y el alemán. Ello permitía mantener lo que Bisso ha denominado el “carácter bifronte” del antifascismo argentino: una cara subrayaba los aspectos internacionalistas, revolucionarios, antiimperialistas y anticapitalistas del combate al fascismo; la otra proclamaba “la necesidad de unir esa lucha a una tarea principalmente preservadora de la *nacionalidad* y de defensa de la civilización, la modernidad y las instituciones democráticas y liberales”.⁹ Dentro del espacio antifascista, era el ps el que más claramente se mostraría tensionado entre ambos rostros;¹⁰ sin embargo, y progresivamente, sería el segundo el que se impondría, terminando de disolver la, ya diluida, escisión constitutiva –la de ser el representante de una parte de la sociedad, la clase obrera– en un culto a la tradición liberal argentina.¹¹

La asociación entre enemigos externos e internos, entre la Guerra Mundial y el combate a los gobiernos fraudulentos, aportaba el principal fundamento para la construcción de una “Unión Democrática” que acabara con un régimen autoritario y represivo. Cuando tal cons-

al régimen italiano con el nazismo alemán. Para una historia del concepto de “totalitarismo”, véase Enzo Traverso, *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, EUDEBA, 2001; Simona Forti, *El totalitarismo: trayectoria de una idea límite*, Barcelona, Herder, 2008.

⁷ La equiparación era forzada: Justo era un militar con fuertes vínculos con el radicalismo y de posiciones anglófilas. Incluso en el caso de Castillo, el planteo era binario y simplista: como señala Nállim, desconocía que Castillo estaba lejos de ser nazi, que no estaba rodeado de “nacionalistas” y que su “neutralismo” se apoyaba en las tradiciones argentinas de política exterior. Véase Jorge Nállim, “Del antifascismo al antiperonismo...”, *op. cit.*, pp. 89-90.

⁸ Andrés Bisso, *Acción Argentina...*, *op. cit.*, distingue dos formas de movilización antifascista: la primera, más centrada en la cuestión internacional, alertaba sobre la “amenaza nazifascista”; la segunda advertía sobre el más solapado “fascismo criollo”. Sin embargo, debemos señalar que la distinción propuesta es analítica: era justamente la contaminación entre ambos peligros la que hacía posible canalizar las energías despertadas por los conflictos europeos en contra de fenómenos que, a priori, guardaban escasa relación con los sucesos del Viejo Continente.

⁹ Andrés Bisso, *El antifascismo...*, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰ Y ello porque en las filas socialistas la tensión no era nueva sino que profundizaba las viejas disputas acerca de la “cuestión nacional”. Éstas, presentes desde la fundación del partido, no se limitaron al terreno intelectual sino que dieron lugar a varias de las rupturas que había sufrido el PS a lo largo de su historia. Véase Ricardo Martínez Mazzola, “El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)”, tesis doctoral en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.

¹¹ Tal disolución se deja ver con claridad en el número especial que *La Vanguardia* editó el 1° de mayo de 1943. Si en otras ocasiones esa edición iba dedicada a dar cuenta del significado de la fecha como día de lucha, o al menos como fiesta obrera, en ese año el acento se colocaba en un aniversario coincidente: el de la sanción de la Constitución Nacional. Se afirmaba que recordar tal fecha era particularmente importante en momentos en que los principios constitucionales se hallaban amenazados “por los viejos y anacrónicos intereses que la constitución reduce, encauza o suprime, y que han resurgido a la beligerancia activa y desembozada a través de los regímenes totalitarios”. *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1943.

trucción estaba iniciándose, un golpe militar depuso al repudiado gobierno de Castillo. No sorprendió entonces que el movimiento militar del 4 de junio fuera recibido con expectativa por parte de los partidos opositores al régimen depuesto. Sin embargo, pronto los opositores, y, en particular, los socialistas, comenzaron a manifestar su desconfianza frente a un gobierno que no parecía dispuesto a dar un rápido paso al costado y restablecer “las instituciones de la república”. Para los socialistas, uno de los rasgos más preocupantes era la presencia de intelectuales de tinte “rosista y totalitario” en importantes cargos públicos. En el mes de septiembre, *La Vanguardia* publicó un editorial en el que su director, Américo Ghioldi,¹² planteaba el triste cuadro de la Universidad de Tucumán, copada por los “nacionalistas”. Así contraponía:

A Tucumán –a Tucumán, Señor, la patria de Alberdi y Avellaneda– se han enviado rosistas convictos y confesos; en la provincia del Congreso histórico hay funcionarios que hablan de la Revolución de Mayo como la obra de unos pocos afrancesados!; en la provincia acogedora de extranjeros ilustres –Amadeo Jacques, Paul Groussac, Pablo Mantegazza, German Burmeister– gobiernan predicadores de un nacionalismo hostil [...] La estructura primaria y básica del ser argentino rechaza todo cuanto se le ofrece en forma de prepotencia, de persecución, de antilibertad y de formas totalitarias, pues en esencia y fundamentalmente, la raíz romántica del argentino significa el sentimiento incoercible de la libertad tanto como la expansiva libertad del sentimiento.¹³

Como podemos ver, lejos de una prédica abstractamente internacionalista, Ghioldi intentaba cuestionarles a los “totalitarios” el sentido de la nacionalidad. Así, a fines de 1943 –momento en que los sectores “nacionalistas” parecían ganar peso en el gobierno de la revolución–,¹⁴ el intelectual socialista cuestionaba que se motejara como “nacionalista” la imitación del culto hitlerista y mussoliniano al Estado. Argumentaba que si el nacionalismo era “un principio adherido a las leyes, tendencias y pensamientos directrices de nuestro desenvolvimiento histórico”, las doctrinas que exigían la entrega del hombre al Estado no podían ser argentinas. Esta estatolatría, subrayaba, no se fundaba en el pensamiento cristiano, ni en el enciclopedismo, la

¹² De origen humilde y sin formación universitaria –era profesor normal de Ciencias–, Ghioldi era un verdadero “intelectual de partido”. A partir de su afiliación en 1915, su inserción en el aparato del PS había sido rápida, y pronto llegó a dirigir *La Vanguardia*. Sus intervenciones –innumerables artículos en la prensa, folletos y libros– no sólo se ocupaban de las cuestiones políticas de la hora sino que, lo decisivo, proponían un profundo giro en la tradición socialista argentina: partiendo de la crítica al positivismo desarrollada por Alejandro Korn, Ghioldi proponía el abandono del modelo objetivista y economicista para fundar el socialismo en las teorías idealistas de la historia. Como señala Viana, en la obra de Korn Ghioldi buscaba una respuesta a las teorías políticas de la movilización de masas. Tal respuesta se encontraría en una “ética de los valores”, en la que “la Libertad” ocupaba el lugar central, y en un modelo de intervención política basado en el modelo de la pedagogía. Véase Juan Manuel Viana, “El giro ético en el pensamiento socialista argentino: del subjetivismo de Alejandro Korn al antipopulismo de Américo Ghioldi”, ponencia presentada en las “XII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia”, San Carlos de Bariloche, 28 al 31 de octubre de 2009. Sobre Ghioldi véase también Javier Burdman, “Ghioldi y *La Vanguardia* ante el surgimiento del peronismo. La disputa por los trabajadores y la justicia social desde un enfoque ideológico-discursivo”, ponencia presentada en el “Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la primera década”, organizado por la Red de Estudios sobre el Peronismo, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008; Carlos Herrera, “¿La hipótesis...”, *op. cit.*, y Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante...”, *op. cit.*

¹³ *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 1943.

¹⁴ En el mes de octubre el escritor “nacionalista” Gustavo Martínez Zuviría, célebre por las novelas firmadas bajo el nombre de Hugo Wast, ocupaba el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. En diciembre el gobierno dictaba un decreto estableciendo la educación católica en las escuelas públicas.

ideología o el romanticismo. Continuando con su reconstrucción de “la evolución de las ideas argentinas”, señalaba que tal “culto al Estado” no se hallaba tampoco en el positivismo, ya fuera comtiano o spenceriano, ni en “la reciente inflexión filosófica” de resonancias kantianas encabezada por Alejandro Korn, y mucho menos en el socialismo o en el anarquismo. El recorrido se cerraba con un juicio concluyente:

No hay pues, nada argentino que explique la aberración de un nacionalismo totalitario, estatócéntrico y estatolátrico. Este es un nacionalismo simulado y de contrabando. No tiene más antecedentes que el fascismo italiano, el totalitarismo hitlerista, y el corporativismo-sindicalista de Franco. ¡Por eso el pueblo repudia semejante “nacionalismo” extraño a la substancia argentina!¹⁵

Pero en otras ocasiones, Ghioldi encontraba un antecedente nacional para los totalitarios. Postulaba la continuidad entre pasado y presente y dividía la historia argentina en dos bandos: mientras los “nacionalistas” remitían no sólo a Hitler, Mussolini y Franco, sino también a Juan Manuel de Rosas, el socialismo era heredero de la verdadera “tradicción nacional”. Ésta sería la del “liberalismo histórico de la Argentina, que comienza en las jornadas seculares de la revolución; la democracia histórica, que nace en los días de Mayo santificada por el dogma de la igualdad”. Ghioldi subrayaba que las corrientes históricas creadas en la democracia y el “liberalismo fundamental” no pertenecían al pasado sino que se encontraban vivas más allá de las amenazas y la represión. Y lo proclamaba en términos sarmientinos: “La idea no muere. Las ideas no se degüellan”.¹⁶

Peronismo

Las duras críticas de *La Vanguardia* al gobierno “revolucionario” suscitaron repetidas clausuras del periódico. Las dos primeras, en julio y agosto de 1943, fueron por cinco días, las dos siguientes, en septiembre y octubre, durante quince días. Finalmente, en abril de 1944, el diario fue clausurado “por tiempo indeterminado”. Aunque el gobierno revocó la medida a fines de agosto de ese año, *La Vanguardia* sólo volvió a aparecer, como semanario, a comienzos de 1945. Mucho había cambiado en el tiempo transcurrido: José Pedro Ramírez había dejado la presidencia de la Nación en manos de Edelmiro Farrell y la vicepresidencia estaba en manos de Juan Domingo Perón, que era también el ministro de Guerra y el secretario de Trabajo y Previsión. Desde este último cargo, Perón había comenzado a llevar adelante una política social que lo acercaba a los trabajadores, sentando las bases de su liderazgo posterior. Dicha política obligaría a los socialistas a agregar, a su tradicional distinción entre dos “nacionalismos”, la diferenciación acerca de dos modos de entender la “justicia social”. En obvia referencia a la política obrera del gobierno, *La Vanguardia* explicaba:

¹⁵ *La Vanguardia*, 11 de diciembre de 1943.

¹⁶ *La Vanguardia*, 4 de enero de 1944. Sobre la ubicación del socialismo en esa “tradicción nacional”, véase Ricardo Martínez Mazzola “El Partido Socialista y la tradición liberal”, *Papeles de Trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales*, N° 7, Buenos Aires (en prensa).

La justicia social no exige la presencia de dictadores. No hay socialismo a lo Hitler, a lo Mussolini o a lo Rosas... Algún día que tengamos vena nos ocuparemos de eso que llaman libertades vacías y libertades concretas, dicotomía artificial hecha por el fascismo para justificar su obrerismo y, simultáneamente, la falta de libertad. Leeremos a Mussolini y lo comentaremos, porque Italia es una enseñanza para los italianos y el mundo. Aquí hay quienes quieren repetir a Mussolini, olvidando la triste situación a que llegó. La libertad es la primera demanda, porque las conquistas obreras deben ser logradas por los propios obreros en acción libre. La historia no conoce ningún caso de gobierno para el pueblo ejercido por una minoría selecta.¹⁷

La crítica sentaba las bases de buena parte del discurso socialista posterior: el rechazo a la distinción entre libertad formal y sustancial y la prioridad de las libertades políticas sobre las conquistas sociales.

En septiembre de 1945, Ghioldi reunió muchos de los editoriales escritos en *La Vanguardia* en el libro *Palabras a la nación*. La introducción celebraba: “Fuimos arrastrados por el autoritarismo filo-fascista de la revolución; pero en ningún momento el gobierno, que coactivamente nos arrastró a todos, alcanzó a conducirnos. El instinto de la libertad y la conciencia primaria de la democracia salvaron a la Argentina”.¹⁸ El líder socialista creía hallarse al final de una contienda ganada. Sin embargo, cuando *Palabras a la nación* terminaba de imprimirse, el 16 de octubre de 1945, la movilización que regresaría a Perón al centro de la escena ya se había iniciado.

Para explicar el apoyo de masas puesto de manifiesto en la concentración del día 17, Ghioldi volvió a la historia argentina. A comienzos de 1946 publicó *Alpargatas y libros en la historia argentina*.¹⁹ El libro –transcripción de una de las conferencias dictadas a fines de 1945 en la Liga de Educación Política presidida por Alicia Moreau de Justo– se cerraba con un diálogo con *El juicio del siglo*, texto en el que Joaquín V. González afirmaba que la historia argentina estaba dominada por la “ley del odio”, por una tendencia permanente a la pasión de partido y a las querellas violentas entre las facciones políticas. Ghioldi reconocía que el odio era una fuerza actuante en la historia argentina; sin embargo, creía que existía una fuerza, la del desarrollo natural de la vida, que se le había contrapuesto, haciendo posible el progreso que la Argentina experimentara desde mediados del siglo XIX. El planteo hacía aun más urgente la pregunta por el aparente renacimiento de la “ley del odio”, que se manifestaba en la acentuación del conflicto político que en 1945 hacía hablar de la posibilidad de guerra civil. Al respecto, Ghioldi era concluyente: la dramática situación no surgía de la sociedad sino del gobierno de la revolución, que había “removido las pasiones con el criminal intento de extorcionar al país”, poniendo precio al retorno a la normalidad: o “candidatura continuista o guerra civil”. El “clima histórico” de odio, explicaba, no era simplemente el resultado de un “rebrotar de viejas disposiciones nativas para el odio y la violencia” sino, principalmente, la consecuencia de la obra persistente de la quinta columna fascista que, vencida en el mundo, intentaba

¹⁷ *La Vanguardia*, 16 de enero de 1945.

¹⁸ Américo Ghioldi, *Palabras a la nación. A través de los editoriales de “La Vanguardia”*, Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1945, p. 7.

¹⁹ Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros en la historia argentina*, Buenos Aires, s/e, 1946.

trasplantarse a la Argentina. Mussolini, argumentaba, no era “ni republicano, ni católico, ni anticatólico, ni socialista, ni antisocialista; era problemista y realizador”. Y lo ilustraba:

Así predicaba la “colaboración de clases” (como si estuviera hablando en la Bolsa de comercio de Buenos Aires sobre la necesidad de la colaboración pacífica de clases), en otros momentos sostenía la necesidad de la “lucha de clases” (como si estuviera hablando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión para los trabajadores que se propone conquistar para su causa esclavista).²⁰

Para Ghioldi el liderazgo de Perón se caracterizaba por una mezcla de formas y modelos extranjeros y por una reedición de “vicios y modos de ser criollos”. Esa combinación de tradición nacional y fuerzas internacionales se expresaba en una extraña fórmula, la de “rositotalitarismo”. El paralelo con los hombres del pasado también se daba en el propio bando: como los enemigos de Rosas, los socialistas debían enfrentar las dificultades luchando: “No nos debemos preguntar cuántos somos. Sabiéndonos poseedores de la verdad y la razón, no tenemos otra obligación moral que la de enfrentar las fuerzas del mal con todas las potencias del bien que seamos capaces de movilizar”.²¹ Fórmula doctrinaria o reconocimiento anticipado de la posible derrota, el planteo era menos político que moral. Más allá de la aparente despreocupación por los números, la hora de la cuenta pronto llegaría dándole el triunfo al candidato de la revolución.

El 24 de febrero de 1946 Juan Domingo Perón obtuvo un resonante triunfo. A medida que los datos electorales iban borrando el inicial optimismo de los opositores, éstos emprendían un largo camino de reproches e interrogaciones. Desde el ps fue Ghioldi el principal encargado de, combinando el factor internacional y las condiciones locales, dar cuenta del resultado. Por un lado, afirmaba que el país experimentaba una “ola de mito irracional”, una replica del terremoto europeo, que había llegado a la Argentina con atraso.²² Por otro lado, argumentaba que si el discurso social de la “dictadura filototalitaria” había tenido éxito era porque “la masa laboriosa tenía condiciones de receptibilidad”, que se hallaban en las pobres condiciones de vida y de trabajo del pueblo. La prédica de décadas del socialismo, lamentaba, había sido oída sólo a medias y a destiempo, por lo que había sido “la dictadura” la que, en tren de perpetuarse, había realizado parte de la obra social que las necesidades populares exigían.²³ Con el apoyo de los recursos del Estado, la dictadura había logrado hacer cuajar su mito.

Sin embargo, Ghioldi se mostraba confiado. Apelando a una astucia de la historia de confeso origen sarmientino, confiaba en que la experiencia de la “dictadura” dejaba un saldo positivo: había puesto fin a la política perezosa y había puesto la levadura para que, en el futuro y en un ambiente de libertad, se dieran nuevas condiciones “para la convivencia de la gente de trabajo y de la ciudadanía”.²⁴

Con el paso de los días el juicio se hizo más pesimista. Los socialistas anticipaban que así como la Universidad sería entregada “a los nazionalistas y clericales”, la economía caería en manos del “sector oligárquico” de los industriales, que utilizarían el control de cambios no sólo

²⁰ Américo Ghioldi, *Alpargatas y libros...*, *op. cit.*, p. 140.

²¹ *Ibid.*, p. 147.

²² *La Vanguardia*, 12 de marzo de 1946.

²³ *Ibid.*

²⁴ *La Vanguardia*, 9 de marzo de 1946.

con fines proteccionistas sino discriminando a las firmas por razones sectoriales, geográficas y aun políticas. Desde el diario socialista Ghioldi argumentaba que esa política, de “vida cara y papel moneda barato”, contraria a los trabajadores, era la que explicaba los embates que empezaban a sufrir los “laboristas” que habían apoyado al gobierno.²⁵ Días más tarde, desde las páginas de ...*Antinazi*, Ghioldi volvía sobre el tema señalando que los ingenuos laboristas que habían creído contar con poder propio y autonomía habían sentido “el látigo” que demostraba que no se estaba ante una “dictadura de partido” sino ante una “dictadura personal”, asistida por una pequeña corte doméstica”. Y concluía:

Para los nuevos rumbos el régimen necesita aniquilar al laborismo, partido de los pobres y de los obreros, que llegó a pensar que había llegado al poder. O los dirigentes, traicionando a la masa, se acomodan y entregan al partido único de la revolución juniana, o serán tratados por los métodos expeditivos de la policía federal [...] La tendencia general de los hechos traduce una filosofía, una política y una moral bien conocida y experimentada en Alemania, Italia y España: es la filosofía política que se llama el principio del jefe (Führerprinzip).²⁶

Ante la nueva situación política, la apuesta pasaba por la afirmación de la prioridad de las tareas democráticas y, principalmente, educativas, que el ps debía desarrollar. El día en que el presidente electo debía asumir el poder, *La Vanguardia* publicaba un “número extraordinario” en el que hacía el balance de tres años de “gobierno revolucionario” y la prospección del gobierno por venir. El periódico se abrió con un editorial en el que Ghioldi sostenía, con un tono pedagógico que no velaba su elitismo, que no era tan importante saber cuánto apoyo popular había conquistado el régimen gobernante como estar seguro de la propia verdad y de la auténtica corriente de progreso. Era tal confianza la que le permitía concluir:

Venceremos el ciclo de la reacción rosiautoritaria a fuerza de pensamiento libre y aptitud técnica, económica y política para asumir la responsabilidad de la cosa pública. Difundamos el modo de sentir, pensar y obrar del Socialismo argentino [...] Para esta tarea tanto como concebir la gran reforma nacional sobre bases sociales hay que emprender la gran reforma mental del pueblo.²⁷

El planteo daba cuenta de las dos líneas centrales de la prédica socialista en los años siguientes. Una apelaría a la asociación entre educación y política para clamar por la necesaria “reforma mental del pueblo”; la otra se apoyaría en la aludida “aptitud técnica, económica y política”, para cuestionar las iniciativas económicas y sociales del gobierno peronista. Para ello se apelaría a la comparación del peronismo no sólo con el fascismo y el nazismo, sino también con otro movimiento considerado “totalitario”: el estalinismo. Tal planteo era novedoso no sólo porque socialistas y comunistas habían participado juntos de la “Unión Democrática”, sino porque hasta 1945 los socialistas no habían incluido a los comunistas entre los “totalitarios”.

²⁵ *Ibid.*, 21 de mayo de 1946.

²⁶ ...*Antinazi*, 30 de mayo de 1946.

²⁷ *La Vanguardia*, 4 de junio de 1946.

Excursus: comunismo

A diferencia de lo que sucedía en Europa,²⁸ hasta fines de los años treinta los antifascistas argentinos no incluían a los comunistas en la categoría de “totalitario”, que era simplemente otro nombre con el que se hacía referencia a los “nazi-fascistas”. Esta situación comenzó a modificarse en agosto de 1939, con la firma del pacto Ribbentrop-Molotov, que establecía cláusulas de no agresión y de cooperación económica entre Alemania y la Unión Soviética.²⁹ A partir de ese punto fue posible que militantes antifascistas, como los exiliados italianos que editaban *Italia Libre*,³⁰ declararan que el objetivo de su periódico era “suministrar el ‘contraveneno democrático’ a los pobres trabajadores inmigrados, imbuidos de ideologías totalitarias –sean ellas pintadas de negro, pardo o rojo–”.³¹ Fue posible también que Raúl Damonte Taborda, promotor de la creación de una comisión investigadora de la infiltración nazi en la Argentina, afirmara, al responder a una entrevista de *Argentina Libre*,³² que los comunistas serían indagados para precisar “si tienen o no concomitancia con los otros totalitarios”.³³

Sin embargo, los dirigentes del PS, aunque mantenían desde décadas atrás una visión muy negativa del régimen soviético,³⁴ no solían incluir a los comunistas en una categoría que los asociaba con los “nazi-fascistas”. Incluso después del pacto germano soviético, las críticas a la ruptura del frente común y las denuncias del “imperialismo” soviético no hicieron referencia al “totalitarismo”. Los comunistas no eran tildados de “totalitarios” sino de “quintacolumnistas” que, en nombre del antiimperialismo, obstaculizaban la lucha contra los verdaderos totalitarios. Aunque en ocasiones el PS se señalaba las semejanzas entre nazis y comunistas, no apelaba para ello a la categoría de “totalitarismo” sino a neologismos como “comunazismo”.³⁵

²⁸ Señala Traverso que fue a mediados de los años treinta, “luego de la colectivización forzada de los campos soviéticos pero antes de los procesos de Moscú”, que algunos críticos de izquierda del estalinismo, como el trotskista Victor Serge, comenzaron a apelar para incluir al régimen soviético en la categoría de “totalitarismo”. Véase Traverso, *El totalitarismo...*, op. cit., pp. 50-52.

²⁹ Sobre los efectos del pacto Ribbentrop-Molotov en el antifascismo argentino, véase Andrés Bisso, “La comunidad antifascista dividida (1939-1941). Los partidos políticos y los diferentes grupos políticos locales ante el Pacto de no agresión entre Hitler y Stalin”, *Reflejos*, N° 9, Jerusalén, 2000-2001, pp. 88-99.

³⁰ Como señala Alejandro Blanco, *Italia libre* se publicaba semanalmente y, poniendo en evidencia sus vínculos con el PS, se imprimía en la imprenta de *La Vanguardia*. El semanario era editado por un grupo de antifascistas italianos –entre los que se contaban Giuseppe Parnagnola, José Coppola y Gino Germani– que se habían separado de la Asociación Cultural Dante Alighieri para formar la Asociación “Nuova Dante”. Véase Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y el nacimiento de la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 89-90.

³¹ *Italia Libre*, Año 1, n° 1, agosto de 1940, p. 9, citado en Andrés Bisso, *El antifascismo...*, op. cit. p. 146.

³² *Argentina Libre* era una revista que reunía a diferentes sectores del antifascismo argentino aunque los socialistas tenían un lugar preponderante. Se publicó semanalmente desde marzo de 1940 hasta julio de 1943, cuando fue clausurada por el gobierno de la revolución de junio. Luego de una breve reaparición a fines de 1945, volvió a publicarse en febrero de ese año bajo el nombre de ...*Antinazi*. Sobre *Argentina Libre*, véase Jorge Nállim, “Del antifascismo...”, op. cit.

³³ *Argentina Libre*, Año 2 n° 67, p. 1, citado en Andrés Bisso, *El antifascismo...*, op. cit., pp. 297-298.

³⁴ Desde la Revolución de Octubre, la relación con los comunistas había sido un punto de conflicto en las filas del PS. Aunque la conducción siempre logró imponer la continuidad de la línea reformista, las escisiones de quienes, inspirados en el ejemplo soviético, proponían una línea más activista y revolucionaria se sucedieron. A las rupturas de los “internacionalistas” en 1917, y de los “terceristas” en 1921, se sumó la del Partido Socialista Obrero en 1937. Esta última escisión, a la que los dirigentes del PS leyeron como pro hijada por el PC, no hizo más que acentuar la ya vieja desconfianza socialista hacia los comunistas.

³⁵ *La Vanguardia*, 14 de mayo de 1941.

En junio de 1941, Alemania rompió el pacto Ribbentrop-Molotov. A partir de este momento, la Unión Soviética adquirió un papel fundamental en la alianza contra el nazismo. Los socialistas no abandonaron su larga disputa con los comunistas, pero pusieron en un segundo plano las críticas al régimen soviético.

Pero con la rendición de Alemania en mayo de 1945, y del Japón en agosto de ese año, los dirigentes del ps dieron vía libre a su vieja desconfianza hacia los comunistas. En septiembre, Ghioldi publicó *Palabras a la nación*, donde a los editoriales de *La Vanguardia* sumó un capítulo final en el que ligaba las fuerzas actuantes en su tiempo con las que habían obrado en el pasado argentino. Hacia los años treinta identificaba la consolidación de una “reacción totalitaria” que se autocalificaba de nacionalista pero que no ocultaba sus vínculos con el “nazifascismo internacional”. Pero también subrayaba que en esos años, el ps había debido enfrentar una división generada por quienes “prestigian en su seno la dictadura del proletariado y las recetas para golpes de Estado extraídas de los manuales revolucionarios europeos”.³⁶ En las últimas décadas, resumía, la ciudadanía no había acertado a concebir el sentido de la Constitución, las posibilidades de la democracia y la necesidad de proyección socialista de la vida pública, sino que “fue tras fórmulas de antiimperialismo, de corporativismo, de golpes de Estado, de totalitarismos de izquierda y derecha, de nacionalismos extranjerizantes”. El pensamiento de moda en los años treinta, concluía Ghioldi, era el de “la conquista del poder”.³⁷ la preocupación era conocer “cómo Lenin había llegado al poder en tren blindado, cuáles fueron los recursos de Mussolini para dirigir la marcha sobre Roma, de qué manera Hitler dio sus golpes de Estado en Alemania y Austria”.³⁸ La crítica socialista al “revolucionarismo” concluía así, por primera vez, en la referencia a un totalitarismo de izquierda que era equiparado con el de derecha.

Como ya dijimos, al cerrar *Palabras a la nación* Ghioldi creía hallarse al final de una contienda ganada. El 17 de octubre lo sorprendió; días después, se iniciaba la campaña electoral para los comicios que en febrero de 1946 definirían al sucesor del gobierno revolucionario. La lucha no estaba terminada, por lo que no era momento de enfrentarse a virtuales aliados como los comunistas. La crítica a éstos y su asociación con los otros totalitarismos quedó temporalmente archivada.³⁹

Sería por poco tiempo. Los débiles lazos entre los integrantes de la “Unión Democrática” no sobrevivirían a la búsqueda de responsabilidades por la derrota. Los comunistas juzgaron

³⁶ Américo Ghioldi, *Palabras a la nación...*, *op. cit.*, p. 450.

³⁷ El planteo descalificativo hacía referencia el título de un libro de Benito Marianetti, quien había sido el principal dirigente del Partido Socialista Obrero para luego incorporarse al Partido Comunista. Benito Marianetti, *La conquista del poder*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1932.

³⁸ Américo Ghioldi, *Palabras...*, *op. cit.*, p. 454.

³⁹ En cambio, fue el propio Perón quien en el contexto de la campaña electoral apeló al concepto de totalitarismo para cuestionar a los comunistas. En el célebre discurso del 12 de febrero de 1946, pronunciado en el acto de proclamación de su candidatura, señalaba: “No deja de ser significativo que los grupos oligárquicos disfrazados de demócratas unan sus alaridos y sus conductas a esos mismos comunistas que antes fueron (por el terror que les inspiraban) la causa de sus fervores totalitarios. Como es igualmente curioso observar el afán con que esos dirigentes comunistas proclaman su fe democrática, olvidando que la dictadura del proletariado y la práctica de la U.R.S.S. (orgullosamente exaltada por Molotov en discursos de hace pocos meses) son eminentemente totalitarias”, Juan Domingo Perón, *Obras completas*, Buenos Aires, Fundación Pro Universidad de la Producción y el Trabajo-Fundación Universidad a distancia “Hernandarias”, vol. 8, pp. 31-32. Debe subrayarse que Perón no sólo denunciaba el “totalitarismo” comunista sino también el ligado a los grupos “oligárquicos” que habrían apelado al mismo por su temor al comunismo. En una curiosa inversión de los argumentos más frecuentes, era el peronismo el que declaraba su enfrentamiento con totalitarios de derecha e izquierda.

que el excesivo énfasis en la lucha antifascista había llevado a descuidar la vigilancia de la oligarquía y el imperialismo, y la búsqueda de mejoras inmediatas por parte de los trabajadores, lo que le había dejado el camino libre a Perón.⁴⁰ Los socialistas, en cambio, reafirmaron la prioridad de la “lucha democrática” y denunciaron el giro que el Partido Comunista empezaba a esbozar respecto del movimiento triunfante. En un discurso desde los balcones de la Casa del Pueblo, Ghioldi, refiriéndose a los comunistas pero también a algunos socialistas, advertía

No pensemos que para salir de la demagogia debemos cultivar una demagogia mayor [...] No queremos ser “demagogia más 1”, ni “peronismo más 1”, seguros de que si hemos de salir de esta encrucijada histórica será por una acción levantada que fatal y necesariamente ha de ser presidida por el ideal socialista. Es cada vez más perentorio para el pueblo el deber de impregnar la vida nacional con el ideal del trabajo, que es suma de política concreta, de orientación pedagógica y de moral humana.⁴¹

Pero las críticas a los comunistas no sólo remitían a la táctica electoral o a la caracterización de los vínculos con el nuevo gobierno, sino que al incorporar, ahora definitivamente, el estalinismo a la lista de los regímenes totalitarios⁴² colocaban los cimientos para la comparación entre el peronismo y el régimen soviético.

Peronismo y comunismo: la crítica del estatismo

Desde los primeros días de gobierno peronista los socialistas se mostraron muy críticos de las políticas que éste llevaba adelante. Al carecer de representantes parlamentarios que amplificaran sus palabras, los socialistas canalizaron su oposición a través de *La Vanguardia*, periódico que en esos días alcanzó su máxima circulación, y mediante la organización de actos públicos en los que reconocidos dirigentes pronunciaban, ante el público adicto, discursos que debían mucho a la retórica que durante décadas el ps había desarrollado para las intervenciones parlamentarias. En diciembre de 1946, los dos dirigentes más experimentados del ps, Enrique Dickmann y Nicolás Repetto, tuvieron a su cargo la evaluación del “Plan Quinquenal” que Perón había presentado el 21 de octubre de ese año.⁴³

⁴⁰ Tal posición, ya esbozada en declaraciones previas, sería aprobada por el pc en su XI Congreso Nacional, el primero después del triunfo peronista, reunido en agosto de 1946. En línea con esa interpretación se decidió disolver los sindicatos controlados por el pc y fundirlos con los reconocidos por la Secretaría de Trabajo y Previsión, y se valoraron aspectos del primer “Plan Quinquenal”. Sobre las posiciones del pc argentino frente al peronismo, véase Samuel Amaral, *La renuencia de las masas: El Partido Comunista ante el peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Documentos de trabajo de la Universidad del CEMA, N° 379, septiembre de 2008; Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez, “La compleja relación entre el Partido Comunista y el peronismo: (1943-1955)”, ponencia presentada al “Primer Congreso de estudios sobre el Peronismo: la Primera Década”, organizado por la Red de Estudios sobre el Peronismo, Mar del Plata, 6 y 7 de noviembre de 2008.

⁴¹ Américo Ghioldi, *Dos fechas. 4 de junio-24 de febrero*, Buenos Aires, Editorial “La Vanguardia”, 1946, p. 119.

⁴² Esto hacía posible que Ghioldi comparara las medidas autoritarias del régimen de junio con las de la Gestapo y la Checa estalinista. *La Vanguardia*, 5 de marzo de 1946.

⁴³ Las conferencias fueron publicadas en el folleto del Partido Socialista, *Plan quinquenal*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1947.

Dickmann inició su conferencia subrayando que los socialistas no eran enemigos de un plan por ser plan, sino que, por el contrario, toda la obra del partido había obedecido a un plan y que también había habido planes de la propia oligarquía. El desmedido énfasis del peronismo sobre su “plan”, explicaba, era puramente propagandístico y comparable al de los soviéticos:

La Rusia soviética sabe montar el escenario en forma maestra. Los rusos son maestros en este arte. Por algo son los inventores del ballet y de la pantomima y muchos de sus planes económicos son ballet y pantomima. Ellos han lanzado al mundo un plan y lo han bautizado con el nombre de quinquenal. El presidente Perón, para conquistar seguramente la simpatía comunista, llama a su plan “quinquenal”: “ya que parece ser –dijo– algo sacramental y consagrado”. Lo de sacramental será para el Vaticano y lo de consagrado para el Kremlin.⁴⁴

El viejo dirigente socialista señalaba, sin embargo, una diferencia con los planes hechos “por bolcheviques, por nazifascistas, por falangistas”: mientras éstos trataban de cuestiones económicas, el propuesto por el peronismo se ocupaba de cuestiones políticas, en particular de la concentración de funciones estatales, y sólo al final pasaba a la economía.

Por su parte, Repetto inició su intervención citando a Perón cuando, al presentar el Plan Quinquenal, había afirmado que sólo había dos alternativas: la abolición de la propiedad privada mediante la colectivización de los medios de producción, o la intervención estatal en la organización de la economía. Para Repetto la opción presidencial era clara:

Entre el comunismo y el fascismo, el jefe del nuevo régimen toma resueltamente la vía del fascismo, porque éste le permite perpetuar la existencia del capitalismo. Este hombre no vislumbra la otra posibilidad [...] el camino de la sociedad socialista. En Rusia hay socialización sin libertad; en los Estados Unidos hay libertad sin socialización y los socialistas queremos realizar en el mundo y por consiguiente también en este país, la socialización con la libertad.⁴⁵

En junio de 1948, Repetto dictó otra conferencia en la Casa del Pueblo. Aunque el tema declarado era de tipo doctrinario –“El Socialismo y el Estado”–, la polémica con el peronismo y la comparación con el fascismo, pero también con el comunismo, estuvieron presentes. El viejo dirigente declaraba que se proponía disipar la confusión que, lamentaba, existía entre “socialismo y estatismo” porque la distinción entre ambos términos era particularmente necesaria en una “época de dirigismo económico y de gobiernos más o menos totalitarios”. Repetto incluía entre los males del presente la confianza en la economía dirigida, y afirmaba que era absurdo “querer que el Estado controle y dirija la economía, que destruya la libertad económica pero que deje a los ciudadanos las otras libertades”.⁴⁶ Sus análisis cargaban las tintas sobre el caso soviético, considerando que no se trataba de socialismo sino de capitalismo de Estado o, como afirmaba citando a Trotski, de un “Estado obrero” en el que “una nueva casta o clase burocrática de 25 millones de privilegiados ejerce el poder sobre una nación de 200 millones de habitantes”.⁴⁷ Se trataba, explicaba, de un sistema en el que la dictadura de clase no era más que la dictadura

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁶ Nicolás Repetto, *El socialismo y el Estado*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, pp. 7-8.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 8.

de un partido de clase. Frente a ello, Repetto abogaba por la expansión del régimen cooperativo, explicando que al permitir la socialización sin estatización, éste hacía posible una socialización indefinida de las empresas económicas sin comprometer las libertades públicas ni privadas.⁴⁸

En la misma línea se manifestaba días después otro de los dirigentes históricos del ps. En una nueva conferencia en la Casa del Pueblo, Alfredo Palacios recordaba que la socialización de los medios de producción no tenía por fin aumentar el poder estatal sino fundar una sociedad más justa. Haciendo más explícita la polémica con el peronismo, el “primer diputado socialista de América” declaraba:

Es claro que no creemos que pueda conducirnos a la socialización la simple entrega de la industria al Estado, sin el control de las fuerzas sociales. Eso sólo significa aumentar el poderío de los gobiernos oligárquicos o demagógicos, determinando la desorganización y una producción inferior. Eso es “capitalismo de Estado” o “estatismo”.⁴⁹

Las conferencias de Repetto y Palacios preparaban el clima para el 36° Congreso del ps que se celebró en Mar del Plata a fines de junio.⁵⁰ En la reunión, las críticas al intervencionismo estatal fueron refrendadas en una resolución que denunciaba que el “estado-vampiro” fruto de las estatizaciones peronistas no había producido el socialismo sino un “capitalismo de Estado”. Sin ocultar la cercana referencia al peronismo, se explicaba que en todas partes la aprobación “de nuevas formas de absolutismo político-fascismo, totalitarismo pardo o rojo”⁵¹ había tendido a hacer del Estado “la suprema, si no la única realidad”. El Estado totalitario, se concluía, controlaba la economía para reforzar el aparato policial y militar, suprimía la libertad del hombre para fortalecer la libertad del gobierno, transformaba las radios y la prensa en órganos de su absolutismo, y creaba “el régimen de los comisarios de la inteligencia y de la educación y de los coroneles de la filosofía”.⁵²

La izquierda socialista

La retórica antitotalitaria no sólo era un útil recurso para cuestionar al gobierno peronista y subrayar la distancia respecto de los comunistas: también constituía un importante instrumento

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ Alfredo Palacios, *El Partido Socialista argentino y el presidente de la república*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, 1948.

⁵⁰ También lo hacían ilustraciones como la que *La Vanguardia* publicaba en su edición del 8 de junio de 1948, en la que se veía a Perón que, engalanado con la “Cruz de hierro”, bajaba la cortina de una oficina pública que tenía como insignias un sable, un garrote y un candado. El comentario final no dejaba lugar a dudas: “Él también tiene su cortinita de acero...”. *La Vanguardia*, 8 de junio de 1948.

⁵¹ Las alusiones al “totalitarismo rojo” acompañaban los análisis acerca de la situación internacional. El dictamen aprobado por el Congreso se abría declarando la confianza en la posibilidad de que entre los Estados Unidos y la Unión Soviética existiera un espacio para quienes proponían reunir democracia y justicia social. Tal posición se expresaba en la consigna de agitación, aprobada por el Congreso, “Ni capitalismo americano ni comunismo totalitario; Socialismo”. Sin embargo, las posiciones adoptadas al abordar diferentes puntos de la agenda internacional no marcaban tal equidistancia: la Unión Soviética era equiparada con la España franquista y no con los Estados Unidos. Véase Partido Socialista, *El Partido Socialista y los problemas de la hora. Resoluciones votadas por el 36° Congreso Nacional celebrado en Mar del Plata el 27 y 28 de junio de 1948*, Buenos Aires, Casa del Pueblo, p. 7.

⁵² *Ibid.*, p. 11.

para acallar las críticas de quienes no coincidían con la línea adoptada por la dirección del ps. Ante quienes cuestionaban el abandono de la dimensión social de la propia prédica, opacada por la omnipresencia del discurso cívico, la respuesta oficial fue el uso de esa misma narrativa cívica para asociar a los disidentes con el peronismo y, principalmente, el comunismo.

La larga historia de tensiones y escisiones que había atravesado al ps continuó, aunque soterrada, durante los años peronistas. Como señala Herrera,⁵³ el primer foco de resistencia a la dirección partidaria se delineó hacia 1947 y tuvo como centro a la Federación Socialista jujeña y al viejo militante trotskista Esteban Rey. Los disidentes, que pedían el abandono de la línea “liberal reformista” del ps, fueron expulsados a fines de ese año. De mayor envergadura fue la fracción reunida en torno a la revista *Unidad Socialista* y encabezada por José Oriente Cavalieri, Carlos María Bravo y Alfredo López, quienes cuestionaban el carácter “burgués” de la dirección partidaria y la cerrada política de oposición al peronismo. En esos días también se había organizado el “ala izquierda del ps”, un grupo de jóvenes militantes socialistas porteños que subrayaba la necesidad de trabajar en los sindicatos en manos de los peronistas. Los disidentes llevaron sus críticas al 36° Congreso del ps. Su prédica, que no logró modificar la línea partidaria, suscitó, en cambio, la dura respuesta de Ghioldi, quien asoció los argumentos de los “izquierdistas” con los de los peronistas y comunistas.

El líder socialista afirmó que quienes sostenían que la obra del ps no era suficientemente socialista planteaban algo similar a lo sostenido por el propio Perón, que de ello había extraído la previsión de que el ps desaparecería y que sería reemplazado por el peronismo. Ghioldi consideraba que estos planteos no sólo se originaban en la presión de las afirmaciones oficiales, sino también en la influencia de “los comunistas stalinistas” y de los “comunistas trotskistas” que veían al socialismo democrático como una desnaturalización de la doctrina revolucionaria socialista. Eran esas presiones, subrayaba Ghioldi, las que originarían las propuestas de una política de “Perón más uno”, superando al peronismo en demagogia e irresponsabilidad. Así lo denunciaba:

ante el desarrollo del peronismo unos se desorientan y otros miran al tejado comunista en busca de una fórmula más izquierdizante. Quisieran unos tener el populismo peronista y explicarlo y expresarse con nomenclatura más izquierdizante arrancada de los libros comunistas. Tal sería, en mi interpretación, el origen y alcance de algunas inquietudes llamadas doctrinarias.⁵⁴

El líder socialista instaba a abandonar la preocupación por el éxito inmediato para confiar en la dialéctica histórica que haría crecer al ps, por ser la fuerza antitética al movimiento peronista. Y concluía pidiendo un “salto de fe”: los socialistas debían convencerse de que el ps estaba bien orientado y sumarse a la acción, pasando de afiliados a militantes.

La conducción partidaria logró imponer sus posiciones en el 36° Congreso. Los miembros del grupo *Unidad Socialista* serían expulsados de las filas partidarias en octubre de 1948 por mantener una reunión con Perón. La mayoría de los miembros del “ala izquierda” ingresaría al pc y el resto sería expulsado de las filas socialistas a comienzos de 1949.⁵⁵ Sin embargo,

⁵³ Carlos Herrera, “Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, abril-mayo de 2008, pp. 141-142.

⁵⁴ Américo Ghioldi, *El Partido Socialista y la actual crisis argentina*, Buenos Aires, Centro socialista de la sección 19, 1948, p. 11.

⁵⁵ Carlos Herrera, “Corrientes de izquierda...”, *op. cit.*, p. 143.

las críticas a la política seguida por el partido serían retomadas por uno de los más importantes intelectuales socialistas.

Pocas semanas después de concluido el 36° Congreso, Julio V. González⁵⁶ publicó un largo artículo en *El Socialista*. En él volvía sobre la Declaración de Principios que el ps había adoptado en 1896 para subrayar que Juan B. Justo había creado un partido de clase y no una fuerza que apelaba “en forma vaga e indiscriminada al pueblo”. Pero el centro de su argumento no pasaba por la distinción entre lo clasista y lo popular sino por el énfasis en la dimensión finalista de la propuesta socialista. Así, señalaba que la Declaración de Principios postulaba el Programa Mínimo, programa en el que tendía a concentrarse la prédica del ps, como un simple medio para poder realizar el Programa Máximo, que consistía en la sustitución de la sociedad capitalista por la socialista. El olvido del Programa Máximo, concluía González, desnaturalizaba al ps, convirtiéndolo en “un partido reformista, como tantos de la democracia liberal burguesa y no un partido revolucionario que se propone terminar con ella, para reemplazarla por la democracia económica socialista”.⁵⁷

La intervención de González se mantenía en el terreno doctrinario y no avanzaba en críticas a las prácticas del ps. Sin embargo, establecía la matriz con la que dos años después este intelectual plantearía su dura requisitoria contra la línea establecida por Ghioldi. En efecto, en 1950 González hizo público el folleto *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*,⁵⁸ en el que afirmaba que el ps debía avanzar hacia “la socialización de los medios de producción y de cambio”, única forma de salir del estancamiento que lo había convertido en un partido minoritario de oposición. La falla había sido relegar la finalidad revolucionaria por concentrarse en demasía en la fase previa de realizaciones inmediatas. Tal “Programa Mínimo”, afirmaba González, no se distinguía del de otros partidos que se lo habían apropiado. Y la apropiación había llegado a tal extremo por parte del peronismo que quedaba poco por ofrecer a los asalariados bajo el régimen del capital. La única alternativa para salir del *impasse* era retomar la prédica por la realización de su objetivo final plasmado en el “Programa Máximo” del ps. Como ya ha señalado Herrera,⁵⁹ González no discutía la caracterización del peronismo como totalitarismo, sino que cuestionaba la centralidad asignada a la cuestión democrática en desmedro de lo propiamente socialista.

Ghioldi le respondería a González, y con él a los “izquierdistas” en general, con un libro⁶⁰ en el que colocaba nuevamente el centro en la cuestión del totalitarismo, acusándolos de dejar de lado “la lucha sagrada de la hora”. Pero a la discusión puntual se le agregaba el intento de explicar las causas de la “desviación izquierdista”: la manipulación por parte de los comunistas y, sobre todo, una lectura simplista de la tradición marxista. Así, Ghioldi partía de los planteos

⁵⁶ De familia patricia, hijo de Joaquín V. González, Julio V. González había sido uno de los principales dirigentes de la Reforma Universitaria. Luego del golpe de 1930, y junto a muchos otros “reformistas”, ingresó a las filas del ps. En sus primeros años en las filas socialistas, González, a diferencia de su amigo Carlos Sánchez Viamonte, se mantuvo alejado de las grandes polémicas partidarias, centrando su actividad en la Comisión de Educación y Cultura del ps. En 1940 fue electo diputado nacional pero el golpe del ‘43 lo separó de su banca y de su cátedra en la Universidad Nacional de La Plata.

⁵⁷ *El Socialista*, 28 de septiembre de 1948.

⁵⁸ Julio V. González, *La oportunidad del Partido Socialista. Reflexiones sobre su acción futura*, Buenos Aires, s/e, 1950.

⁵⁹ Carlos Herrera, “El Partido Socialista ante...”, *op. cit.*

⁶⁰ Américo Ghioldi, *Marxismo, socialismo, izquierdismo, comunismo y la realidad argentina de hoy*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950.

“revisionistas” que habían señalado la existencia de una dualidad entre una perspectiva determinista que pensaba el desarrollo social bajo el molde de las ciencias naturales y otra que postulaba que la revolución suponía la transformación de la condición humana y la acción de hombres conscientes. Subrayaba que el contraste entre ambas visiones se había vuelto más agudo a partir de la simplificación que del pensamiento marxista habían hecho los comunistas. Éstos, argumentaba, habían hecho de la historia un proceso natural que se cumplía más allá de la voluntad de los hombres y en el que lo económico tenía un peso decisivo, por lo cual veían la lucha de clases como un proceso brutal, del mismo carácter de la selección natural entre animales, y donde la violencia tenía un papel central, en tanto la moral y la inteligencia no tenían ninguno.

El líder socialista argumentaba que la impaciencia y la disidencia de muchos jóvenes izquierdistas tenían su origen en ese tipo de lecturas economicistas del marxismo. Explicaba que si los “llamados izquierdistas” no percibían que la libertad era “el elemento dialéctico por excelencia”, si se mostraban fríos en la “defensa del patrimonio histórico de la nacionalidad, en las luchas de la libertad y la democracia”, era porque estaban dominados por una idea equivocada: “lo que importaría sería el factor económico, la libertad ha nacido con la burguesía y es un momento de la historia de la burguesía; al proletariado no le importa la libertad sino la justicia social; al pueblo obrero sólo le deben interesar los problemas de clase”.⁶¹

Ghioldi afirmaba que los miembros de la izquierda socialista, aunque militantes del ps, tenían siempre “un ojo en las palabras que surgen de Moscú” y que si todos los intentos de unidad entre socialistas y comunistas habían fracasado, era porque el socialismo democrático no tenía ningún parentesco con “el llamado socialismo totalitario o comunismo”. El comunismo no era una “una experiencia económica destinada a organizar la vida social sobre bases de justicia”, sino

la aplicación de la fuerza sobre la vida, la libertad, el pensamiento, el sentimiento de los individuos. El comunismo supone el establecimiento de una jerarquía externa a la vida individual, jerarquía groseramente materialista y coherentemente violenta... La dictadura es dictadura sin que pueda salvarla de semejante estigma ningún ropaje doctrinario, ninguna elucubración de las inteligencias que pierden contacto con la realidad.⁶²

Luego de trazar una suerte de “demonología” de los hombres de izquierda,⁶³ Ghioldi buscaba definir el perfil de la “personalidad socialista”. Para él el socialismo sería liberal o no sería, y así planteaba la misión que esta herencia liberal asignaba a los socialistas: “la de realizar el ideal de justicia social y, además, la de convertir en liberales a las masas, muy propensas a las especulaciones demagógicas de las dictaduras y totalitarismos”. Finalmente, realizaba una previsible referencia al movimiento peronista que expresaría “un sustantivo y profundo desprecio por la libertad; masas humanas han entregado, prosternadas, su independencia, su dignidad y su libertad; y los gremios obreros han formado al frente para las más graves medidas liberticidas”.⁶⁴

⁶¹ *Ibid.*, p. 30.

⁶² *Ibid.*, pp. 54-55.

⁶³ La lista de los desviados incluía no sólo a la izquierda del ps y a los comunistas sino también a los trotskistas y a todo aquel que negara la necesidad de optar entre la Unión Soviética y Occidente.

⁶⁴ Américo Ghioldi, *Marxismo...*, *op. cit.*, p. 139.

En el mes de noviembre de 1950, tuvo lugar el 37º Congreso del ps. En él González y Ghioldi volvieron a enfrentarse y la postura del último, que colocaba en el centro la lucha contra el totalitarismo, se impuso.⁶⁵ Aunque los cuestionamientos y las escisiones continuarían, esa línea no sería cuestionada hasta después de la caída del peronismo. Antes de eso, dos de los máximos intelectuales socialistas producirían dos textos que completarían la definición del ps en clave antitotalitaria.

Las condiciones objetivas y subjetivas del totalitarismo

A mediados de los años cuarenta, el joven sociólogo italiano Gino Germani inició sus actividades en el mundo editorial argentino. Exiliado del fascismo, no sorprende que entre sus primeros proyectos se encontrara un conjunto de obras que se interrogaba por los fundamentos del fenómeno totalitario. Entre ellas se encontraba *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, para cuya edición por Editorial Abril, en 1946, el sociólogo italiano escribió un prólogo. En ese libro y en *Reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*,⁶⁶ Laski, cientista político y economista pero también presidente del Partido Laborista británico, analizaba las transformaciones económicas y sociales del capitalismo posterior a la Primera Guerra y encontraba en ellas los fundamentos del totalitarismo. En 1951, y apoyándose fuertemente en los planteos de Laski, Rómulo Bogliolo, principal especialista del ps en cuestiones económicas, presentó su libro más ambicioso, *El problema de nuestra época. ¿Marchamos “fatalmente” hacia el Socialismo?*⁶⁷ A pesar del título, el libro no proponía una indagación acerca de las paradojas del determinismo y la voluntad, sino que buscaba argumentar, como antes Laski, que el liberalismo económico había encontrado su límite y que era necesario avanzar hacia una economía planificada.⁶⁸ Esa necesidad de planificación, planteaba Bogliolo siguiendo aquí también al inglés, era la que hacía necesario interrogarse sobre la compatibilidad entre libertad y dirección de la economía, lo que implicaba rechazar las formas autoritarias de planificación. El socialista se proponía demostrar que la sustitución del capitalismo individual

⁶⁵ En su discurso Ghioldi sostuvo que si González y los “izquierdistas” no se dejaban impresionar por los documentos que denunciaban los males a que acarrearía el monstruoso “‘Estado-vampiro’ o Leviatán” era porque no sentían “el problema del totalitarismo y de la libertad, como los más grandes problemas humanos y sociales de la hora actual”. Era ese mismo desinterés por la cuestión del totalitarismo, argumentaba, el que llevaba a los disidentes a pedir que la prédica socialista no se ocupara tanto de la figura de Perón. Lo que no entendían, explicaba, era que el fenómeno esencial era el totalitarismo, y hablar de Perón era hablar del totalitarismo. Véase Américo Ghioldi, *Los trabajadores, el Señor Perón y el Partido Socialista, Perón es progresista o retrógrado (discurso pronunciado en el 37º Congreso del Partido Socialista)*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1950.

⁶⁶ Libro publicado por Editorial Abril en 1945. Sobre los vínculos de Germani con el mundo editorial porteño véase, Alejandro Blanco *Razón y modernidad*, *op. cit.*

⁶⁷ Rómulo Bogliolo, *El problema de nuestra época. ¿Marchamos “fatalmente” hacia el Socialismo?*, Buenos Aires, Editorial “La Vanguardia”, 1951.

⁶⁸ Desde comienzos de los años treinta, Bogliolo había abogado por el abandono del tradicional librecambismo del ps y por la adopción de las ideas “planistas” de los laboristas ingleses y del “revisionista” belga Henri de Man. Sobre las propuestas de Bogliolo, véase Juan Carlos Portantiero, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, pp. 231-241; Juan Carlos Portantiero, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en H. Camarero y C. Herrera (eds.), *El Partido Socialista...*, *op. cit.*, pp. 299-320; María Cristina Torti, “Crisis, capitalismo organizado y socialismo”, en W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. Villarroel, *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria (1914-1946)*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 199-222.

por el Estado totalitario no es la solución del “gran problema” de su tiempo, que era también la clave de la situación política de la Argentina. Y sintetizaba sus rasgos: la política peronista se basaba en la colaboración de clases, en la conducción de la economía por el Estado, en la organización del capital y el trabajo bajo control estatal y en la organización de la vida en una dirección facciosa.

Bogliolo preguntaba al lector si tales hechos no formaban parte de un sistema conocido. Se contestaba a sí mismo que para “los estudiosos”, las ideas eran las del totalitarismo, que, ya se llamara fascista, nazi o comunista, colocaba al Estado como “la base de su hegemonía”.⁶⁹ En la sección del libro dedicada al régimen soviético, el autor destacaba, en clara alusión al peronismo, que uno de los rasgos de todos los movimientos totalitarios había sido su “obrerismo”. Explicaba que Hitler, Mussolini y Stalin habían creado “el gobierno de la clase trabajadora”, que en realidad encubría la más inicua explotación física y moral. Haciendo explícito el paralelo con el caso argentino advertía: “conozcamos los totalitarismos foráneos para poder apreciar la tremenda realidad que algún día podría circundarnos”.⁷⁰

Pero para el economista socialista el totalitarismo no era solamente un tipo de dictadura que presentaba un falso aspecto obrerista, sino, principalmente, un intento de lograr con la fuerza estatal resultados que sólo podían ser alcanzados por el crecimiento de la conciencia. Sostenía que los totalitarios “de ambos márgenes de la senda que conduce a la Libertad” pretendían, a través del despotismo, reducir el eterno conflicto social a una posición de equilibrio: el “Estado sobre las clases”. Bogliolo afirmaba que tal pretensión era ilusoria ya que el Estado tenía siempre una función específica:

en los totalitarismos de derecha, su misión es la de mantener el sistema de propiedad actual pero [...] dándole a los “directores la facultad de manejar la vida social a su albedrío. En los de “izquierda” –que no son sino tipo ruso– el Estado es el carcerbero que [...] destruye la libertad burguesa sin producir la libertad social.⁷¹

El socialista sostenía una discusión en dos frentes: por un lado, contra la idea de mercado libre y autorregulado, por el otro, contra los intentos de llevar adelante una gestión estatal y autoritaria de la sociedad. Ambas líneas se reunían en el argumento que cerraba el libro: en la época contemporánea el individuo era parte de una gran máquina de producción y, en tal condición, el Estado era el único instrumento capaz de facilitar el progreso y de detenerlo. Bogliolo consideraba que, ya fuera por incompreensión o por atender los temores “antiestatales” de la burguesía, no se había avanzado por el camino de la planificación que hacía del Estado el instrumento democrático de desarrollo económico. La necesidad de avanzar hacia una planificación democrática –lamentaba haciendo una oblicua referencia a sus propias polémicas dentro del socialismo– había sido desoída, y las ansias de reivindicación de las masas habían sido aprovechadas “por los totalitarios o sus epígonos”.⁷² Para reconquistar la libertad perdida, afirmaba, sería necesario salir de las meras palabras y adoptar una “teoría coherente”:

⁶⁹ Rómulo Bogliolo, *El problema...*, *op. cit.*, p. 33.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 42.

⁷¹ *Ibid.*, p. 54.

⁷² *Ibid.*, p. 414.

Los problemas económicos necesitan de un plan de conjunto para ser resueltos. Ese plan debe ser de carácter mixto, vale decir, dará al Estado siempre orientado por la voluntad popular, el poder necesario para cumplir ciertos fines, pero dejará a la acción libre de los consumidores la expresión de su capacidad y su voluntad. Ello depende de las directivas de la planificación económica y de la aplicación democrática de su programa, así como del mantenimiento de la democracia política en todos sus aspectos. De otro modo la planificación económica será un instrumento más para la opresión. El totalitarismo es eso.⁷³

En 1966, al incluir el texto en sus *Estudios sobre sociología y psicología social*,⁷⁴ Germani dio al prólogo del libro de Laski un nuevo título: “Las condiciones objetivas de la libertad”. En la compilación, el texto iba acompañado de otro —el estudio introductorio que en 1947 el sociólogo italiano había escrito para *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm—, que se titulaba “Las condiciones subjetivas de la libertad”. La misma simetría se daría en la discusión socialista acerca del totalitarismo: así como el trabajo de Laski, que buscaba las raíces económicas y sociales del totalitarismo, había tenido su traducción argentina en el trabajo de Bogliolo, sería en diálogo con la indagación del libro de Fromm que Ghioldi completaría su análisis del peronismo como fenómeno totalitario. Lo haría en el libro *La argentina tiene miedo*,⁷⁵ publicado a fines de 1953 en Montevideo, ciudad en la que se encontraba exiliado como consecuencia de su participación en la intentona golpista del general Benjamín Menéndez, en 1951.

El punto de partida era la historia argentina. Apoyado en Sarmiento, José María Ramos Mejía y Juan Agustín García, Ghioldi señalaba el gran papel que el miedo había tenido en la colonia, la anarquía, la tiranía, las levas y el fraude. Sin embargo, subrayaba que si bien los miedos constituían el “elemento vital”, las instituciones y las leyes que se levantaban para dar seguridad a la vida eran “la obra de la historia, el esfuerzo deliberado de los hombres para dominar los impulsos brutales de la existencia”. En esa clave —declaraba—, se proponía discutir con las diatribas que “los presuntos jefes del nacionalismo instintivo” dirigían a la Constitución del ‘53 por considerarla fruto de una razón abstracta que había copiado fórmulas extranjeras, aduciendo que no se avenían con las necesidades locales. A ellos les respondía que las “instituciones organizadoras de la libertad”, y la Constitución era la primera, lejos de ser meras importaciones, eran los “anticuerpos fabricados por el organismo nacional para defenderse de los pavores y terrores que entenebrecieron y paralizaron la vida argentina”.⁷⁶

Pero el argumento de Ghioldi descansaba menos en el caso argentino que en mostrar que la cuestión del miedo excedía largamente la problemática nacional. Así, afirmaba que “el miedo a la libertad” constituía el “fenómeno más pavoroso de los tiempos contemporáneos”. Señalaba que sus rasgos ya habían sido anticipados por quienes hicieron la historia del fascismo, así como por investigadores rusos, pero consideraba que el aporte decisivo era el de Erich Fromm. Señalaba, retomando conceptos del prólogo de Germani a la edición argentina, que el neopsicólogo alemán había modificado las ideas freudianas, señalando que existía correlación dinámica entre las estructuras sociales y económicas y la psicología. Esto se expresaba, señalaba Ghioldi, en la interpretación que Fromm hacía del totalitarismo:

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ Gino Germani, *Estudios sobre sociología y psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

⁷⁵ Américo Ghioldi, *La Argentina tiene miedo*, Montevideo, s/e, 1953.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 56.

un problema psicológico, pero los factores psicológicos deben ser vistos como moldeados por causas socioeconómicas; es también un problema político, pero su aceptación por parte del pueblo debe ser entendida sobre una base psicológica. Si olvidamos la existencia del subconsciente nos parecerá imposible la propensión al mal, el apetito de poder, el desprecio por los débiles y la cultura que estallan con el fascismo.⁷⁷

Por el momento, el énfasis en la dimensión social de la constitución de la personalidad planteado por la neopsicología le permitía a Ghioldi confiar en que el miedo no era un absoluto, que podía ser contrarrestado por otros móviles y que la senda progresista sería retomada. Sin embargo, ya en la segunda parte del argumento citado se insinuaba una inquietante interpretación de las propuestas de Fromm: en ella el énfasis en la dimensión social en la constitución de la personalidad era dejado de lado, para subrayar que los fenómenos totalitarios suponían un constituyente psicológico que, aunque ligado a dimensiones sociales y económicas, las excedía. Años después sería esa relectura, casi una inversión del énfasis del alemán, la que colocaría al socialista en una posición pesimista y autoritaria que postulaba que para luchar contra el totalitarismo no bastaba con darse políticas correctas, ni siquiera una pedagogía iluminista que había caracterizado el pensamiento juvenil de Ghioldi. Era necesaria una reeducación radical, una “desperonización”.

Reflexiones finales

Durante los años peronistas, la conducción del PS ensayó el reemplazo del combate al fascismo, apelación ya agotada⁷⁸ pero que había dado al partido sus últimos días de gloria,⁷⁹ por la convocatoria a enfrentar el totalitarismo. Se trataba de un término más abstracto que, atendiendo al tipo de régimen político, colocaba en un segundo plano el carácter socialista o capitalista de la organización económica. La acusación de “totalitarismo” pudo así blandirse contra múltiples adversarios: los nacionalistas, los peronistas y los comunistas, pero también contra quienes dentro de las mismas filas del PS cuestionaban el reformismo de la dirección partidaria y la incorporación absoluta a la tradición liberal. En el discurso oficial del PS, el combate al totalitarismo llevó a la redefinición, a través de la calificación, de los destinatarios del discurso socialista. Así, se hablaba a los obreros “conscientes”, a la ciudadanía “democrática”, a los argentinos “que luchaban por la libertad”. Pero aunque muchos sectores de la sociedad se mostraban implacablemente antiperonistas, esa identificación no se expresaba en una tupida red del tipo de la que tiempo antes había construido el antifascismo: las apelaciones al combate al totalitarismo estuvieron lejos de mostrar la fuerza movilizadora que habían alcanzado tiempo antes en la lucha contra el fascismo. Sin embargo, aunque ineficaz para la ampliación de la convocatoria del PS, el discurso anti-totalitario sí se mostró apto para la neutralización de las

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 82-83.

⁷⁸ Discutiendo con quienes toman al triunfo peronista como prueba de que la apelación antifascista era intrínsecamente inadecuada para la realidad argentina, Bisso considera que tal resultado se debió al desgaste que un discurso, antes poderoso, había sufrido a lo largo de más de una década de “uso constante e intenso”. Véase Andrés Bisso, *Acción Argentina...*, *op. cit.*, p. 314.

⁷⁹ El 1º de marzo de 1942, apoyado en la prédica antifascista, aunque también en las denuncias de la implicación radical en casos de corrupción, el PS se había impuesto en los comicios legislativos de la Ciudad de Buenos Aires. Era el primer triunfo desde 1936, momento en que la Unión Cívica Radical había abandonado la política de abstención.

amenazas internas, galvanizando a los socialistas detrás del liderazgo de Ghioldi y la identidad antiperonista.

Esa unificación sería, de todos modos, efímera: hacia fines de los años cincuenta las filas del ps serían conmovidas por nuevos debates acerca de la relación con el nacionalismo, el peronismo y el comunismo. El socialismo confusamente liberal defendido por Ghioldi sufriría el embate de los jóvenes que, como muchos otros a lo largo del mundo,⁸⁰ reemplazaban el prisma del totalitarismo por el del imperialismo. Muchos jóvenes socialistas ya no veían al peronismo como un hermano menor del fascismo, el nazismo o el stalinismo, sino como un movimiento de liberación nacional del tipo de los que conmovían al resto del “Tercer Mundo”. □

Resumen / Abstract

Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista argentino (1946-1953)

Este artículo explora la prensa y las producciones de los dirigentes del Partido Socialista argentino con el objeto de dar cuenta de una de las líneas principales de su prédica: la representada por los distintos usos del término “totalitarismo”. Se reconstruye cómo el uso del discurso “anti-totalitario” permitió a la dirigencia del partido no sólo condenar, por su asociación con las experiencias europeas, al régimen nacido de la revolución del ‘43 y al gobierno peronista, sino también cuestionar, por su cercanía con el peronismo, a los comunistas y a los miembros del ala izquierda del mismo Partido Socialista. El recorrido se cierra hacia comienzos de los años cincuenta, momento en que los intelectuales socialistas producen las más densas caracterizaciones del peronismo como fenómeno “totalitario”, y justo antes de que la clave “anti-totalitaria” comience a ser cuestionada por la militancia socialista, en particular la juvenil.

Palabras clave: Partido Socialista - totalitarismo - peronismo - comunismo - nacionalismo - Américo Ghioldi

Fecha de recepción del original: 18/2/2011

Fecha de aceptación del original: 20/3/2011

Nationalism, Peronism, Communism. The uses of totalitarianism in Argentine Partido Socialista discourse (1946-1953)

This article explores the press and the publications of the leaders of the Argentine Socialist Party in an effort to account for one of the principal lines of its ideological message: the one represented by the different uses of the term “totalitarianism”. It reconstructs the way in which the “anti-totalitarian” discourse allowed the party leadership not only to condemn the regime originated in the revolution which took place in 1943 and the Peronist government which emerged from it by associating both directly with contemporary European experiences, but also to challenge the Communists and left-wing members of the Socialist Party, because of their proximity to Peronism. This ideological itinerary was all but exhausted by the beginning of the ‘50s, when socialist intellectuals produced their densest characterizations of Peronism as a “totalitarian” phenomenon and just before the “anti-totalitarian” agenda began to be challenged, by grass-roots socialist militants, and particularly by the youth sector of the party.

Keywords:

Socialist Party - Totalitarianism - Peronism - Communism - Nationalism - Américo Ghioldi

⁸⁰ Traverso subraya que en los años sesenta se produce un eclipse de la cuestión del totalitarismo. Los años de Vietnam y de las luchas del Tercer Mundo por la liberación nacional no parecían dar lugar a un concepto al que se veía como una sacralización de los gobiernos del Primer Mundo, y en primer lugar del norteamericano. Véase Enzo Traverso, *El totalitarismo...*, *op. cit.*, pp. 111-117.